

## BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



## MORATIN.

**Q**ombres hay verdaderamente célebres que por sí solos señalan una época de transición, ya en el orden político, ya en el moral, ya en el literario: nombres en derredor de los cuales se agolpan precipitadamente cuantos de antemano sentían su ánimo dispuesto á ensayar aquellos sacudimientos sociales, aquellas reacciones que más inmediatamente nacen del incansable deseo de dar nueva dirección

á nuestras sensaciones, que no de la ausencia de los gozes que estas nos proporcionan.

No está, por cierto, la literatura exenta de esos vaivenes que son como esenciales á todas las obras humanas: lejos de eso se adhiere tan fuertemente á las varias modificaciones sociales, que ó las precede ó las sigue muy de cerca, vistiendo sus mismos disfraces y preconizando sus aciertos ó sus desvarios. Tan exacto es, que la huma-

15 de setiembre de 1840.

nidad colocada entre el error y el acierto, con igual facilidad adopta el uno con el otro, y con la misma los funda, formando de su amalgama un nuevo orden de cosas, un nuevo sistema, no siempre conforme con la razón y la verdad. De aquí el no haber ningún sistema acreditado en todas sus partes, porque todos participan de esa ligera fantasía del error que es la divisa de las obras humanas.

Fácil es inferir por lo dicho contrayéndonos á la república de las letras, que el nombre de Moratin representa una época de transición literaria, por lo mismo que se veía muy cercana otra de transición política, preparada en una nación vecina hácia la mitad del siglo último y llevada á cabo en la misma, poco antes de comenzar el presente. No hay, pues, que considerar solamente ni en Moratin ni en sus obras al crítico y al poeta que censura y ejecuta, con sujeción á principios dados no establecidos por el mismo; sino al hombre de un siglo de reacción literaria en pugna con otra literatura desgastada y moribunda, que iba cediendo el campo á nuevas exigencias de una sociedad igualmente nueva.

Si Moratin hubiese nacido en el siglo de Lope y Calderon, Moratin dominado por aquel gusto, por aquella tendencia especial de la poesía, preponderante á la sazón en una nación belicosa, galante, ardiente, rodeada por todas partes de visibles testimonios de su gloria aun no amortiguada, precisado á seguir la reacción literaria que en aquel momento resolvía destruir la parodia del teatro greco-latino verificada en las piezas dramáticas de Lope de Rueda, Torres Naharro, Castillejo y otros varios, hubiera contribuido como aquellos creadores del teatro nacional á su crecimiento y preponderancia, aun cuando como Lope de Vega, hubiera conocido los errores ó sean los extremos á que forzosamente conduce toda reacción, sea cual fuere el objeto á que se dirija. Entonces hubiera conocido otra sociedad, otras costumbres, otras inclinaciones, otros deseos, en armonía con la vida, el calor y el movimiento que percibimos en nuestro antiguo teatro: Moratin entonces no hubiera sido el autor de *el Café* y de *el Sr. de las niñas*. Pero nuestro teatro comenzó á degenerar desde mediados del siglo XVII, y degeneraba con la misma rapidez que la nación en donde vió la luz primera. Las costumbres variaban de índole y de objeto, y verificándose lentamente la reacción social, comenzaba á realizarse igualmente la literaria: una ocasión faltaba, y esa la proporcionaron los franceses. Su teatro, imperfecto en todos tiempos hasta aparecer la época memorable de Luis XIV, necesitó acudir á la matriz de todos los teatros europeos, á fin de reproducir bajo sus formas lo que hasta entonces habia vanamente intentado por sus propios medios. Mas ese tipo de la sociedad greco-romana no podía servir sin notables alteraciones para otra sociedad que aun cuando presumía alguna vez asemejarse á ella, no por eso evitaba el irse colocando á mayor distancia de la misma. Remedáronse ciertas fórmulas como cosa mas hacedera en lo literario; y nuestra nación asociada á la mas vecina por intereses mercantiles y vínculos de familia, si no pudo seguirla por el escabroso camino de la reacción política, coadyuvó con todas sus escasas fuerzas á la reacción literaria. Interpretáronse los preceptos de Aristóteles y de Horacio, sirviendo de comentaristas los mismos que propagaban la nueva doctrina, considerada como canónica en la poética de Boileau; y nuestro Luzán, eco fiel de la escuela de Paris, asentó las bases de la nueva fé literaria en medio del marchito campo de la literatura española.

Desde ese momento fué condenado sin apelación no tan solo aquel teatro nutrido de un sentimentalismo mo-

notono y lloron que importado de Alemania habia invadido y acabado de desvirtuar y corromper nuestra poesía dramática, sino que igualmente lo fue, con inaudita injusticia, nuestro antiguo teatro no por otra causa sino por no hallarse ajustado al marco poético prescrito en los cánones del crítico frances.

Comenzábase, pues, á presentar como ofrenda debida á la nueva escuela, los nuevos frutos de los ingenios españoles; y no faltaba quien calificase de verdaderas tragedias los yertos diálogos que con tal nombre publicó Mantuano, y de buenas comedias las que sin ingenio, callar ni movimiento pudo escribir á fuerza de arte y de lima el apreciable autor de nuestras fábulas literarias; pero la reacción comenzaba; y sabido es que en sus principios aun los mayores desaciertos merecen los aplausos del vulgo.

Nuestro teatro en fin cayó de su elevada altura; mas no á impulso del nuevo, que de moda alguno podia competir con el ni en situaciones ni en poesía; cayó porque una nueva sociedad reemplazaba á la antigua, porque habian modificado las costumbres, los hábitos, las inclinaciones y por consiguiente el gusto; porque á la poesía de imágenes habia sucedido la filosófica y discursiva; porque á unas generaciones festivas, galantes, embelesadas con el idealismo de su siglo, habian seguido otras téticas materiales, especulativas, para las cuales la árida lisonja de lo positivo ayentaba la idea del pensamiento y de la expresion.

En medio de esta crisis apareció en la palestra literaria Don Leandro Fernandez Moratin: poco diremos de su vida privada, porque no haríamos otra cosa sino repetir lo que al frente de la bellísima edicion de sus obras publicó en 1830 la Academia de la Historia. A ella remitimos á cuantos deseen conocer con mas estension al Moratin de la sociedad, y por ahora hace mas á nuestro propósito conocer al héroe de nuestra reacción dramática.

Este ilustre literato nació en Madrid á 10 de marzo de 1760. A su padre Don Nicolás, excelente humanista y buen poeta, debió casi toda su educacion moral y literaria. Tan escaso de fortuna como rico de entendimiento hubo de ejercer en su juventud el oficio de joyero para sustentarse á su madre, aunque sin abandonar el estudio de las letras. Despues de haber fallecido aquella, continuó en el mismo oficio y en igual estado de oscuridad y pobreza no obstante haber obtenido el *accessit* en dos concursos de la Real Academia Española; el uno en 1779 por su romance heroico de la *Toma de Granada*, y el otro en 1782 por su *Leccion Poética*, sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana.

La fortuna de Moratin no varió por eso de aspecto hasta el año 1787 en que el conde de Cabarrós comisionado á Francia por el gobierno, le llevó consigo en clase de secretario. Vuelto á España publicó en 1789 la *Derrota de los pedantes*, folleto en prosa para ridiculizar los malos poetas de aquel tiempo. Poco despues, protegido por Don Manuel Godoy á quien debió un beneficio de 3000 ducados y una pensión de 600, comenzó en 1790 á dar sus comedias al teatro, principiando por el *Viejo y la Niña*, y siguiendo en el 92 con *La comedia nueva*, vulgarmente *El Café*. Apoyado en mejor fortuna recorrió despues varias naciones extranjeras, observando y estudiando todo cuanto veia de notable en ellas.

A su regreso en 1796 fue nombrado secretario de la interpretación de lenguas, y en 1798 publicó la traducción del Hamlet de Shakspeare ilustrándole con notas críticas fundadas en los principios clásicos que el profesaba.

En 1805 dió al teatro de la Cruz, con varia fortuna la comedia de *El Daron*, y al año siguiente *La Magigata*

recibida con bastante aplauso; mas ninguna de sus composiciones obtuvo tantos como *El sí de las Niñas*, cuyas primeras representaciones duraron 26 días consecutivos hasta que las interrumpió la Cusresma.

Moratin era hombre de genio tímido y aun receloso; y esa fue la causa de haber hecho siempre vida oscura y retirada; y si medroso fue en tiempos de paz y de sosiego, mal podría dejar de serlo cuando invadida la península en 1808 por las tropas francesas, en todos sus ángulos resonaba el grito de guerra. Así es que acobardado por las circunstancias, creyéndose rodeado siempre de peligros y de males, estos absorbieron toda su atención en términos que con posterioridad á sus comedias no publicó mas que los *Orígenes del teatro Español*, y las traducciones de la *Escuela de los Maridos* y *El medico á palos* del célebre Moliere.

Sus relaciones con varios personajes de los que siguieron el partido de Napoleon, le obligaron por temor á dejar á España cuando las tropas de aquel la evacuaron; y despues de varias vicisitudes, quebrantada por los disgustos su salud, falleció en París á 21 de Junio de 1828.

Sus poesías líricas merecen buena acogida en nuestro Paraiso, si bien no son el timbre principal de su reputacion literaria.

Hecha esta breve reseña de su vida, hablemos del poeta.

Moratin, adornado de los varios conocimientos de su época, estudió y apreció, como era justo, nuestro antiguo teatro: de otro modo hubiera dejado en duda su criterio y buen juicio. Pero tan repetidas veces habia oido los sarcasmos y diatribas lanzados por los críticos franceses contra aquel mismo teatro, que tanta parte tuvo en la reforma del suyo; repetíase con tanta frecuencia la consabida cantinela sobre el desarreglo de Lope de Vega, los embrollos de Calderon, las metáforas descabelladas, los equívocos, los retruécanos y la afectacion oriental de nuestros dramáticos, que ya le costaba trabajo á Moratin, así como á los demas críticos de su tiempo, alabar algunas de las muchas bellezas de todas especies de nuestras antiguas comedias; bellezas que hasta tolerables hacían los desaciertos de imaginaciones lozanas, fomentados por el gusto de una sociedad especial, que gozaba con ellos en igual grado que la italiana con *Arlequin y Pantalón*, y la francesa con *les Diableries* en épocas costáneas. Y con tanta precaucion se tributaban las debidas alabanzas á aquellas bellezas, que se procuraban al mismo tiempo hacer resaltar con sumo cuidado los errores en que nuestros poetas incurrieron, para no ponerse en contradiccion con el fallo irrecusable de los dictadores de la nueva escuela: fallo que recusaba como blasfemias aquellos elogios, así como en la actualidad será para algunos una herejía literaria el oír ensalzar á Moratin como uno de nuestros mejores pastas dramáticos.

Moratin, fiel á los principios de la nueva doctrina, y admirador de Moliere y de Racine, aun mas que de Calderon y de Moreto, llegó á persuadirse que la rigurosa observancia de las famosas unidades, piedra de escándalo de la moderna escuela, la sencillez, rayando en pobreza de la intriga dramática, y la expresion prosáica en reemplazo de la abundancia poética de nuestro antiguo teatro, eran las prendas mas recomendables en una buena comedia. Así lo creyó, y lo practicó en sus composiciones, llenas por otra parte de bellezas cómicas de un orden superior, á veces imitable.

La reaccion literaria condujo á Moratin á cometer un error por condenar otro error: si lo fué en los antiguos dramáticos infringir sin motivo justo los preceptos de la buena crítica, y llevar á veces mas allá de lo conveniente

y necesario la intriga, las situaciones y su expresion poética, confundiendo todos los géneros sin tener cuenta con aquellas, no es de menor cuantía limitar las dimensiones de la fábula y la complicacion de la intriga dramática á la reducida estension de tiempo y de lugar determinados, violentando y encogiendo la accion hasta encojonarla en un estrecho marco á despecho de la verosimilitud que se desea conservar intacta, y con notable perjuicio del carácter cómico que no estriba exclusivamente en los caracteres y en la diction. Pero como escuela reaccionaria, la de Moratin llenó completamente su encargo en contraposicion de la antigua, puesto que tocó en un extremo contrario, que es el término de todas las reacciones.

Ahora estamos presenciando otra nueva, que con obras y doctrinas ha declarado guerra al clasicismo francés, sostenido por Moratin y sus coetáneos. En esa reaccion no hay principios fijos ni otros guias que la imaginacion entregada á sí misma: el pirronismo literario ha sucedido á la creencia supersticiosa en los preceptos; hemos tocado en un extremo por huir del extremo opuesto; y si por acaso se alzase otra bandera literaria, nunca dejaria la exajeracion de principios porque nunca dejaria de ser exclusiva. Este es el orden invariable de las cosas; y nada en él debe sorprendernos por ser bien sabido que el sistema de las reacciones es el sistema universal de la naturaleza: asercion comprobada por la historia científica, moral, política y literaria de todos los pueblos. La especie humana sigue el mismo impulso, en lo cual no hace otra cosa que obedecer á una ley superior á su voluntad, cuyos efectos ciertamente no causan sorpresa al hombre observador, acostumbrado á ver á los demas y aun á veces á sí mismo, no detenerse nunca en la mitad de la carrera á tomar de los sistemas opuestos lo esencialmente bueno de cada uno de ellos, sino que apenas llegan al extremo retroceden por no poder caminar mas adelante, y vuelven á emprender de nuevo su carrera. Mas apartándonos de estas consideraciones generales ¿podríamos en materia de buen gusto llegar á conocer el delicado y esquisito sin el auxilio de los contrastes que ofrece la versatilidad del gusto mismo? Siendo la comparacion el fundamento de nuestros juicios, así como el graduador de nuestras sensaciones, ¿habria alguno capaz de saborear las bellezas cómicas de Moratin antes de conocer los desvarios de Comella? Moratin aparece tanto mas grande, cuanto mayores fueron los desaciertos de sus predecesores, puesto que no lograron pervertir su gusto.

JOSÉ DE LA REVILLA.

## LA JUVENTUD DE NAPOLEON.

POR ALEJANDRO DUMAS.

(Conclusion. Véase el número anterior.)



En 1785 despues de haber sufrido exámenes en que quedó con todo incimiento; fué nombrado segundo subteniente en el regimiento de La Fere de guarnicion entonces en el delinado. Despues de haber permanecido algun tiempo en Grenoble pasó á Valence: allí empezaron á brillar algunos resplandores de su futuro sol en el crepúculo del ignorado jóven. Bonaparte era pobre; y tan pobre como era creyó que podia ayudar á su familia, y llamó á Francia á su hermano Luis que tenia 9 años menos que él. Ambos estaban alojados en casa de Madama Bon, calle Mayor, núm. 4; Bonaparte tenia una alcoba, y en-

cima de esta alcohá habia una huardilla que servia de habitacion al jóven Luis. Todas las mañanas despertaba á su hermano dando con un palo en el techo, y le daba su leccion de matemáticas. Un día el jóven Luis á quien este llamamiento servia de molestia, bajó con mas sentimiento y lentitud de lo que acostumbraba; iba Bonaparte á llamar por segunda vez cuando Luis entró en la habitacion.

«Vamos á ver, ¿qué tienes hoy que estás tan perezoso?», le dijo Bonaparte.

—Ay hermano, le contestó el jóven, soñaba una cosa tan hermosa!

—¿Y que soñabas?

—Soñaba que era rey.

—Entonces sería yo Emperador: dijo el jóven subteniente levantando la cabeza «vamos á la obligacion.»

Y en seguida el futuro rey recibió la leccion diaria que le daba el futuro Emperador. Esta escena pasó delante de Mr. Parmentier médico del regimiento.

El alojamiento de Bonaparte estaba enfrente de la casa de un rico librero llamado Marco Aurelio, cuyo establecimiento cuenta de antigüedad desde 1530, y abunda en preciosidades literarias. En él pasaba todas las horas que el servicio militar y las lecciones fraternales le dejaban libres. Estas horas no las desperdiciaba como vamos á probarlo.

En 7 de octubre de 1808, el Emperador Napoleon dió una comida en Erfurth á sus convidados el Emperador Alejandro, la Reina de Westphalia, los reyes de Baviera, Wurtemberg y Sajonia, el gran duque Constantino, el príncipe Primado, el príncipe Guillermo de Prusia, el duque de Oldemburg, el príncipe de Mecklemburg-Schwerin, el duque de Weimar, y el príncipe de Tallayrand. La conversacion recayó sobre la Bula de oro que hasta el establecimiento de la confederacion del Rin habia servido de constitucion y reglamento para la eleccion de los Emperadores y el número y la calidad de los electores. El príncipe Primado entró en algunos pormenores sobre dicho documento y fijó su fecha en 1109.

—Creo que os equivocáis, dijo sonriéndose Napoleon; la bula de que habláis fué proclamada en 1336 reinando el Emperador Carlos IV.

—Es cierto, señor, contestó el príncipe; ahora me acuerdo ¿pero cómo es que V. M. está tan enterado de estas cosas?

—Cuando yo era teniente de artillería..., dijo Napoleon....

—Al oír estas palabras se pronunció un movimiento tan vivo de admiracion entre los nobles convidados, que el narrador se vió precisado á interrumpirse, mas al cabo de un instante continuó:

—Cuando yo tenia el honor de ser un simple segundo teniente de artillería, permanecí tres años de guarnicion en Valence: amaba muy poco el bullicio y vivia retirado. Una feliz casualidad hizo que me alojase en casa de un librero instruido y complaciente: leí y releí su biblioteca, y nada he olvidado ni aun de aquellas materias que ninguna relacion tenian con mi profesion. Por otra parte, la naturaleza me ha favorecido con la memoria de los guarismos; muchas veces me sucede con mis ministros el recordarles el pormenor y el conjunto numérico de sus cuentas por antiguas que sean.»

No fue este el único recuerdo que Napoleon conservaba de Valence. Entre las pocas personas á quienes visitaba, se contaba Mr. de Tardiva, abad de S. Rufo, cuya orden habia sido estinguida algun tiempo antes. En su casa vió á la señorita Gregorio de Colombier y se enamoró de ella. La familia de esta jóven habitaba en una hacienda llamada Bassian, media legua distante de la ciudad: el

jóven fue recibido en la casa é hizo en ella diferentes visitas. Pero se presentó un noble del finés llamado Mr. de Bressieux, y Bonaparte conoció que era tiempo de declararse si no queria ser ganado por la mano; por consiguiente escribió á la señorita Gregoria una estensa carta manifestándole su amor y rogándole se la comunicase á sus padres. Estos, colocados en la alternativa de dar su hija á un militar sin porvenir ó á un noble propietario, dieron la preferencia á este y devolvieron la carta á Bonaparte por medio de una tercera persona que quiso encargarse de ello, segun se lo habia rogado á la persona á quien habia sido dirigida; «conservadla, dijo Bonaparte, algun día servirá de testimonio de mi amor á la señorita Gregoria y de la pureza de mis sentimientos.» Aquella persona guardó la carta, y su familia la conserva aun. Tres meses despues Gregoria era esposa de Mr. Bressieux. En 1806 Madama Bressieux fue llamada á la corte con el título de dama de honor de la emperatriz, su hermano enviado á Turin en calidad de prefecto, y su marido nombrado baron y administrador de los bosques del estado.

Las demas personas con quienes Bonaparte se relacionó en Valence, fueron MM. de Montalibet y Bachasson, los cuales llegaron á ser ministros de lo interior el uno y el otro inspector de provisiones de París. Los domingos se paseaban juntos los tres jóvenes fuera de la ciudad, y solian detenerse á ver un baile que á cielo descubierto y mediante la cantidad de dos sueldos por caballero y contradanza, daba un tendero de la ciudad que en sus ratos ociosos ejercia tambien la profesion de violinista. Este violinista era un militar que habiendo obtenido su licencia, se habia establecido en aquella ciudad donde ejercia pacíficamente su doble industria; pero como este no le bastaba, al tiempo de la creacion de los departamentos solicitó y obtuvo una plaza de encargado espedicionario en las oficinas de la administracion central. En 1790 los primeros batallones de voluntarios que se formaron se apoderaron de él y le llevaron consigo. Este soldado, tendero, violinista y encargado espedicionario, fué despues el mariscal Victor, duque de Bellune.

Cuando Bonaparte salió de Valence, quedó á deber á su fondista, llamado Mr. Coriol, 3 francos y 10 sueldos. Llegó á París al mismo tiempo que Paoli. La asamblea constituyente acababa de asociar la Corcega al beneficio de las leyes francesas: Mirabeau habia declarado en la tribuna que era tiempo de llamar á los patriotas logitivos que habian defendido la independencia de la isla, y Paoli habia vuelto. Bonaparte fué recibido como un hijo por el amigo de su padre, y el jóven entusiasta se halló cara á cara con su héroe: este acababa de ser nombrado teniente general y comandante militar de Corcega.

Bonaparte habia obtenido licencia, y se aprovechó de ella para ir á visitar á su familia, de la que estaba separado hacia 6 años. El general patriota fue recibido con delirio por todos los partidarios de la independencia, y el jóven teniente asistió al triunfo del célebre desterrado: fue tal el entusiasmo, que el voto unánimo de sus conciudadanos condujo á Paoli á un mismo tiempo á la cabeza de la guardia nacional y á la presidencia de la administracion departamental. Durante algun tiempo estuvo en perfecta inteligencia con la constituyente; pero una mocion que hizo el abate Charrier en que proponia que se cediese la Corcega al ducado de Parma en cambio del Plasentir, cuya posesion estaba destinada para indemnizar al papa de la pérdida de Avignon, fue para Paoli una prueba de la poca importancia que la metrópoli daba á la conservacion de su pais. Entonces fue cuando el gobierno inglés que tan generosamente habia acogido á Paoli durante su destierro, abrió comunicaciones con el nuevo pre-

sidente. Paoli por su parte no ocultaba la preferencia que concedía á la constitucion británica sobre la que preparaba la legislatura francesa. Desde entonces data la disidencia entre el jóven teniente y el viejo general: Bonaparte quedó ciudadano francés, y Paoli se hizo nuevamente general corso.

Bonaparte regresó á París al principio de 1792: allí encontró á su antiguo colega Bourrienne que llegaba de Viena, despues de haber recorrido la Prusia y la Polonia. Ninguno de los dos escolares de Brienna era afortunado. Unieron, pues, su miseria para hacerla menos penosa: el uno solicitaba servir en la guerra, el otro colocarse en los negocios estrangeros; á ninguno de los dos despachaban, y entonces pensaban ocuparse en especulaciones mercantiles que su falta de fondos les impedía casi siempre realizar. Un dia trataron de tomar en arrendamiento varias casas que acababan de construirse en la calle de Montboulon para subarrendarlas en seguida, pero las exigencias de los propietarios les parecieron exageradas, y tuvieron que abandonar esta especulacion por la misma causa que antes habian abandonado otras muchas. Al salir de casa del constructor los dos especuladores, advirtieron no solo que no habian comido, sino que no tenían de que comer. Bonaparte remedió esta necesidad empuñando su reloj.

Llegó el 20 de junio, sombrío preludio del 10 de agosto. Los dos jóvenes se habian citado para desayunarse en una hosteria de la calle de S. Honorato; al concluir el desayuno oyeron un gran tumulto y las voces de *vivent les sans culottes, abajo el veto*. Era una tropel de seis á ocho mil hombres conducidos por Sauterre y el marqués de Saint Hurugues: «sigamos á esta gente,» dijo Bonaparte, y los dos jóvenes se dirigieron hacia las Tullerías deteniéndose sobre un terrado: Bonaparte se apoyó en un árbol, y su compañero se sentó en un parapeto.

Desde allí nada pudieron ver de lo que pasaba, pero les fue fácil adivinarlo cuando vieron salir á Luis XVI á una ventana que daba al jardín y ponerse un gorro encarnado que le presentaban con la punta de una pica.

«*Coglione, Coglione!*» murmuró en su idioma corso el jóven teniente, que hasta entonces habia permanecido mudo é inmóvil.

—¿Y qué querías tu que hiciera? dijo Bourrienne.

—¿Qué? barrer á cañonazos cuatrocientos ó quinientos, y los restantes aun no hubieran dejado de correr.

En todo aquel dia no supo hablar de otra cosa que de aquella escena que produjo en él una de las mas fuertes impresiones que nunca habia experimentado.

Así fue como Bonaparte vió desarrollarse ante sus ojos los primeros sucesos de la revolucion francesa. Asistió como simple espectador á los fusilamientos del 10 de agosto y á los asesinatos del 2 de setiembre: y viendo que no obtenía entrada en el ejército regresó á Corcega.

Las intrigas de Paoli con el gabinete inglés habian tomado tal vuelo durante la ausencia de Bonaparte, que nadie podia equivocarse en sus proyectos. Una entrevista que tuvieron el jóven teniente y el viejo general concluyó por una rotura, y los antiguos amigos se separaron para no volver á verse sino en el campo de batalla.

Paoli levantó el estandarte de la rebelion; los partidarios de Inglaterra le nombraron generalísimo, y la convencion le declaró fuera de la ley. Bonaparte estaba ausente: habia conseguido su solicitud de ser puesto en actividad: nombrado comandante de guardia nacional activa se hallaba á bordo de la flota del almirante Truguet, la que se apoderó en aquel tiempo del fuerte de S. Esteban, que los vencedores se vieron obligados á evacuar á muy poco tiempo. Al volver Bonaparte á Corcega, en-

contró la isla subleada; los miembros de la convencion encargados de llevar á efecto el decreto fulminado contra el rebelde, se habian visto obligados á retirarse á Calvi; Bonaparte se reunió á ellos; tentó un ataque contra Ajaccio que fue repelido. En el mismo dia se manifestó un incendio en la ciudad; los Bonaparte vieron arder su casa, y un decreto pronunciado poco despues los condenó á destierro perpétuo: el fuego les habia dejado sin asilo, la proscripcion los dejaba sin patria: volvieron los ojos hácia Bonaparte, y Bonaparte hacia la Francia. Toda aquella pobre familia se embarcó en una débil nave, y el futuro César se hizo á la vela, participando de su fortuna sus cuatro hermanos á tres de los cuales se preparaban tres coronas, y sus tres hermanas una de las cuales debia ser reina tambien.

Detubieronse en Marsella y la Francia oyó sus ruegos: José y Luciano fueron empleados en la administracion del ejército; Lois fue nombrado sargento, y Bonaparte pasó como primer teniente; esto es, con ascenso, al cuarto regimiento de infantería, entonces de guarnicion en Niza, y en el cual fue muy poco despues nombrado por antigüedad capitán de la segunda compania.

Llegó el año 93 escrito con caracteres de sangre; media Francia luchaba contra la otra media; el oeste contra el medio-dia. Leon acababa de rendirse despues de un sitio de cuatro meses; Marsella habia abierto sus puertas á la convencion, y Tolon habia entregado su puerto á los ingleses.

Un ejército de 30,000 hombres se dirigió contra la ciudad vendida. La lucha empezó en las gargantas de Ullioules. El general Duthel que debia dirigir la artillería estaba ausente; el general Dommartin su teniente habia quedado fuera de combate en el primer encuentro; el oficial de mayor graduacion del arma debia reemplazarle, y este oficial era Bonaparte. La casualidad estuvo entonces acorde con el talento, suponiendo que bajo el nombre de talento ó de casualidad no invoquemos á la providencia.

Bonaparte que recibió su nombramiento, se presentó al estado mayor y fue introducido ante el general Cartaux, hombre soberbio y cubierto de oro de pies á cabeza, que le preguntó qué traía para su servicio: el jóven oficial le presentó el pliego que le encargaba de presentarse á sus órdenes á dirigir las operaciones de artillería. «Artillería, contestó el general, no la necesito; esta tarde tomé á Tolon á la bayoneta, y mañana quemé la ciudad.»

No obstante, cualquiera que fuese la seguridad con que hablaba el general en jefe, no podia apoderarse de Tolon; así es que tuvo paciencia hasta el siguiente dia: al amanecer partió en su cabriolé acompañado de su ayudante y del jefe de batallon Bonaparte, á inspeccionar las primeras disposiciones ofensivas. Con las observaciones de Bonaparte habia renunciado, no sin trabajo, á la bayoneta, y habia apelado á la artillería; en consecuencia dió sus órdenes directamente, y estas órdenes acababan de ejecutarse é iban á producir el efecto.

Apenas habian pasado las alturas desde las cuales se ve á Tolon reclinado en medio de su jardín (semi-oriental) y bañando sus pies en la mar, descendieron los tres del cabriolé y se introdujeron en una viña, dentro de la cual se distinguian algunas piezas de artillería colocadas detras de un especie de parapeto. Bonaparte miraba en derredor suyo, y no podia atinar lo que pasaba: el general gozó por un instante de la admiracion de su jefe de batallon, y en seguida volviéndose al ayudante, le dice con la sorpresa de la satisfaccion.

—«¿Dupai, son esas nuestras baterías?»

—Sí, mi general.

- ¿Y nuestro parque?  
 —Está á cuatro pasos.  
 —¿Y las balas rojas?  
 —Las calientan en las bastidas inmediatas.»

Bonaparte que no habia querido dar crédito á sus ojos, hubo de creer á sus oídos. Mide el espacio con la vista ejercitada por la estrategia, y advierte que hay mas de una legua de distancia desde la batería á la ciudad. Cree que el general ha querido experimentar, pero la gravedad con que Cartaux continuaba sus disposiciones no lo permitió dudar. No obstante quiso arriesgar alguna observacion sobre la distancia, y manifestó su temor de que las balas rojas no llegasen á la ciudad.

—«¿Lo creestu? dijo Cartaux.

—Lo temo, contestó Bonaparte, y me parece que debiera hacerse el primer ensayo en frio para asegurarse bien del alcance.»

Cartaux hizo cargar y disparar una pieza, y mientras que él miraba el efecto que haria en las murallas Bonaparte le manifestó la bala á mil pasos de distancia tronzando los oliuos, rastreado la tierra, y despues de haber rodado ya fria algun espacio, pararse á la tercera parte de la distancia que el general contaba verla recorrer.

La prueba era concluyente, pero Cartaux no quiso ceder, y culpó á los aristócratas de Marsella que «habian adulterado la polvora.» Pero adulterada ó no, el hecho es que no alcanzó mas lejos, y los tres espedicionarios volvieron al cuartel general. Bonaparte pidió un plano de Tolon, y despues de haber estudiado un instante la situacion de la ciudad y sus obras de defensa desde el reducto construido en Monte Faron que la domina hasta los fuertes La Malue y Masbousquet que protegen sus costados, el jóven gefe puso un dedo sobre un nuevo reducto formado por los ingleses, y dijo con la rapidez de la concision y del talento.

«Aquí está Tolon.»

Cartaux que no comprendió el sentido de las palabras, dijo en voz baja á Dapai su ayudante.

«Parece que el capitán cañon no es demasiado diestro en geografia.»

En este momento entró el representante del pueblo, Gasparia: Bonaparte que ya habia oido hablar de él como de un hombre, no solo buen patriota sino de un talento despejado, el gefe de batallon se dirigió á él.

Ciudadano representante, le dijo, yo soy gefe del batallon de artillería. La ausencia del general Dutheil y la herida del general Dommarten han puesto esta arma bajo mi direccion. Pido que nadie mas que yo se mezcle en ella, ó de lo contrario de nada respondo.

—¿Y quién eres tú para responder de nada? preguntó el representante admirado al ver un jóven de 23 años hablarle con tal resolucion.

—¿Quién soy? replicó Napoleon retirándole á un extremo de la sala y hablándole en voz baja; soy un hombre que sé mi obligacion y me hallo entre personas que ignoran la suya. Pedid al general en gefe su plan de batalla y vereis si digo bien ó mal.

El jóven oficial hablaba con tal convencimiento que Gasparia no vaciló un instante: «General, dijo acercándose á Cartaux, los representantes del pueblo desean que en el término de tres dias los sometas tu plan de batalla.

«Espera tres minutos y te le voy á dar, respondió Cartaux.» Sentóse á la mesa, tomó la pluma y escribió el famoso plan de campaña que ha llegado á ser un modelo en su género; dice así.

«El general de artillería incendiará á Tolon durante tres dias, al cabo de los cuales la atacaré en tres columnas y me apoderaré de ella.»

«Cartaux.»

Remitido este plan á París y puesto en manos de la junta de ingenieros, ésta le halló mas gracioso que discreto: Cartaux fue destituido y puesto en su lugar Dugommier.

El nuevo general á su llegada encontró que su jóven gefe de batallon habia tomado todas las disposiciones: era este uno de aquellos sitios en que la fuerza y el valor nada pueden si la artillería y los estrategia no lo han preparado todo de antemano. No habia ni un palmo de terreno en que la artillería no tuviese que habérselas con la artillería. Por todas partes se oían sus estallidos, y los relámpagos se cruzaban como en un violento huracan; re-tumbaba en la mar y en la llanura; hubiérase creído que era á la vez un volcan y una tormenta.

En medio de aquella multitud de llamas fue donde los representantes del pueblo quisieron cambiar una batería que habia colocado Bonaparte; habíase comenzado la operacion cuando llegó aquel y lo repuso todo en su lugar; los representantes quisieron hacerle algunas observaciones. «Mezclaos en vuestros negocios, los contestó, y dejadme á mí hacer mi obligacion de artillero: esta batería está bien, y respondo con mi cabeza.»

El dia 16 empezó el ataque general. Desde entonces el sitio no fue mas que un prolongado asalto. El 17 se apoderaron los sitiadores de Pas de Leidet, de la Crois Faron de Saint-Andre, de Pomets y de los San Antonios; y por la noche iluminados por la tempestad y por el cañon tomaron el reducto inglés: puesto allí Napoleon se contaba por dueño de la ciudad; herido de un bayonetazo dijo al general Dugommier que se halla herido de un balazo en una rodilla y otro en un brazo: «Mi general, acabamos de tomar á Tolon, id á descansar que pasado mañana dormireis en la ciudad.»

El 18 se rindieron los fuertes de la Eguillete y de Balaguier, y sus baterías se dirigieron contra la ciudad; las casas se incendiaban, las balas silbaban sobre la ciudad, los aliados empezaron á disminuirse. Entonces los sitiadores que tenian su vista fija sobre Tolon y su rada, ven declararse el fuego sobre varios puntos que no habian sido atacados. Eran los ingleses que decididos á partir habian puesto fuego al arsenal, á los almacenes de marina y á las naves francesas que no podian llevar consigo. A vista de las llamas se levantó un grito general; todo el ejército pedía el asalto, pero ya era tarde: los ingleses se embarcaban bajo el fuego de las baterías francesas vendiendo así á los que por ellos habian vendido su patria. Llega la noche; las llamas que en muchos puntos se habian elevado, se ven apagarse en medio de grandes alaridos: eran los presidiarios que habian roto sus cadenas y apagaban el fuego que habian encendido los ingleses.

El dia 19 entró en la ciudad el ejército republicano como Bonaparte habia predicho, y el general en gefe durmió aquella noche en Tolon.

Dugommier no olvidó los servicios del jóven gefe de batallon, que doce dias despues de su entrada en la ciudad recibió el grado de general de brigada.

## LOS DOS JAIMES

## LA JUSTICIA HUMANA.

## Romance Andaluz.

## I.

La manta al hombro terciada,  
y el calañés en la ceja,  
votos y ternos arroja  
un hombre de tez morena.  
Alta estatura, ojinegro,  
valiente cual lo demuestra  
su torvo y altivo ceño,  
su frente oscura y soberbia;  
nada teme de los hombres  
y á su vista huye cualquiera,  
que es peligroso encontrarle  
en caminos y callejas.

Lleva canana y trabuco,  
viste calzon de agujetas,  
y una chaqueta de majo,  
y una corbata de seda.  
Cuando dice: *aló a la gente*,  
todo el mundo á su voz tiembla,  
como tiembla el marinero  
al ver llegar la tormenta.  
Y todo el mundo se para,  
y todo el mundo le ruega  
que deje al menos la vida,  
ya que la bolsa no deja.  
Y él deja lo que le place,  
sin que haya importuna lengua  
que de sus hechos murmure,  
ni sus dictámenes tuerza:  
que su ley todo avasalla,  
y á ninguna ley sujeta,  
ora castiga al honrado,  
ora al malévolo premia.

No nació para bandido  
un hombre de tales prendas,  
como pregoná la fama  
desde *Melilla* hasta *Ceuta*;  
porque si estuvo en presidio,  
estuvo por culpa agena,  
que agenas culpas tal vez  
son causa de propias penas.

Mataron á un hombre en *Ronda*,  
por amores en pendencia,  
ocultóse el agresor,  
hallaron una arma en tierra,  
aquella arma era de *Jaime*,  
y.... Qué! ¿Se quieren mas pruebas?  
*Jaime* libró en el presidio  
del cadalso la cabeza.

Una mujer le acompañá  
en su triste soledad,  
halla el bandido piedada,  
sino justicia en España.

Huyó de *Ceuta* el bandido:  
¿adónde vá sin consuelo,  
maldecido por el cielo,  
y del mundo aborrecido?

¿Su conciencia destrozada  
pedirá perdon á Dios?  
¿Y de qué, si entre los dos  
está la cuenta saldada?

El cielo no le maldijo,  
mentira fue de los hombres,  
que equivocaron dos nombres:  
*Jaime* el padre, y *Jaime* el hijo.

## II.

Proscrito y errante vaga  
á la ventura el bandido,  
y arroja ternos y votos  
contra los hombres inicuos.  
---«Zoy un ente abandonao  
á mi funezto deztino;  
tarde ó temprano ezte cuevo  
adornará alto patibulo.  
¿Y dónde ez tán loz infamez  
que inventaron miz delitoz?  
¿Dónde la justiecia ez tá?  
Yo me la haré por mí mismo.  
Que náa debo á loz hombrez,  
ni del mundo á loz caprichoz,  
náa al que vió zin vengarme  
miz ziete añoz de martirioz.  
Zolo eztoz, zolo en la tierra,  
ni tengo deudoz, ni amigoz:  
perezca la raza humana,  
y aunque me tragne el abizmo.  
Una mujer le detiene....  
---¿A dónde vaz, *Jaime* amigo?  
le dice con voz cortada  
por sollozos y suspiros.  
---Voy á matar.... al que encuentre  
en el bozque, en el camino,  
en la ciudad, ó en la iglesia,  
tal vez en el cielo mizmo.  
---Yora tuz dezgraciaz, *Jaime*,  
zigue la virtú tranquilo  
y.... ---¿La virtú! le replica  
el ladron con regocijo.  
¿La virtú!.... ¡Mázcara horrible,  
con que el magnate atrevio  
encubre zuz dezafueroz,  
revizte zuz torpez vicioz!  
¿Pretezo del ambiziozo!  
¿Del zacerdote ludibrio!  
¿Pantaya de loz gobiernoz!  
¿De loz puebloz exterminio!....  
¿Qué ez la virtú?... Una mancha,  
un juguete, un.... ¡Voto á *Criso*!  
La virtú..... ez un gran crimen,  
que arraztra al hombre á prezidio.  
¿Pienzaz acazo que miento?  
No, *Paca*, la verdá igo,  
puez ziete añoz en cadenzá  
miz brazoz he retorcio.

*Paca* al bandido adoraba  
y á presidio le siguió,  
sin su amor no respiraba;  
*Paca* era el bien que quedaba  
al que el mundo desechó.  
Con él de *Ceuta* huyó un día.  
¡Raro amor! ¡Rara mujer!  
Esa mujer ¿qué queria?  
Bajo el sol de *Andalucía*  
solo se quiere..... querer.

¡*Andalucía*!..... De amores  
y de bellezas jardín,  
para calmar mis dolores  
dame alguna de tus flores,  
dame un bello serafin.

Y era feliz el bandido.....  
¡Feliz!..... Ah! no: la venganza  
con rencoroso latido  
llamaba al pecho oprimido;  
era su dulce esperanza.

Y se habia de vengar,  
que jurado lo tenia,  
y era escusado pensar  
que *Jaime* pudiese amar,  
si no mataba ó heria.

Y *Paca* desconsolada  
lloraba su triste suerte;  
y *Jaime* con su mirada

decía: *la suerte echada;*  
ó recibo ó doy la muerte.



### III.

Vagaba *Jaime* al acaso  
por una sierra famosa,  
donde tiemblan los viajeros  
y de *Ronda* el nombre toma.  
Era la tarde de un martes,  
tarde oscura y borrascosa,  
en que el cielo encapotado  
de nubes pardas y rojas,  
amenazaba del caos  
representar la parodia.

También un hombre al acaso  
por vereda tortuosa  
subía alegre riantando  
de la *Rondeña* una copla.  
Encontráronse los dos,  
y al mirarse con zozobra,  
*Jaime* empuñó su trabuco,  
y el otro tentó la bolsa.  
—Aquí está el oro que traigo,  
dijo al bandido el de *Ronda*,  
y el bandido respondió:  
—Guarde el dinero en mal hora,  
y dispóngase a morir,  
que ya la vía le zobra.

—Por Dios, por la virgen zanta,  
¿señor ladrón...? Dale bola,  
¡tanto espaviento por núa,  
cuando tiene la pachorra  
de cruzar por el camino  
donde *Jaime* rabia y yora!...  
—¡*Jaime!* ¡Qué escucho! ¡Hijo mío!  
—¡Mi padre! ¡Quién!... Y una sombra  
cruzó por aquella frente  
desesperada y rugosa.

—No parece ser, dijo luego;  
no tengo padre, que el que obra  
como zu mercé conmigo,  
ez verdugo de zu honra.  
—Zi, *Jaime*, tu padre soy,  
y aquí me tienes ahora  
dispuesto á darte mi vía...  
—Vamoz primero á otra coza.

¿Quién mató en *Ronda* á aquel hombre?  
—Yo... ¿Por qué?... Porque á *Aldefonza*  
su madre, cierto domingo...  
—Bien muerto: ademaz me importa  
zaber, cuyo era el puñal,  
que zirvió para la obra.  
—Tuyo... ¿Y quién mi acuzaar  
cuando estuve ya en *chirona*?  
—Yo... Me alegre. ¿Y en prezidio  
quién alivió miz congojaz?...  
¿Caya zu mercé?... *Paquita*,  
aquí está mi padre, hermosa.

Llegó *Paca*, y un gemido  
se oyó salir de la boca  
de aquel desalmado padre.  
—Ya estaz vengao, *Juan Rozar*;  
¡nueztroz hijos me maldicen,  
y en mi prezencia ze adoran!!!  
—Zi, ziempre, ziempre aquí unioz:  
*Paca* ez mi amor, ez mi expoza;  
aquí empieza mi venganza...  
—Y acabará, puez lo ignoraz,  
con esta fiel puñalá,  
que á doz traidez inmola.

*Jaime* dió un beso en la frente  
á *Paca*, y luego abrazóla,  
y el padre en entrambos pechos  
hundió del puñal la hoja.

Empezó por una muerte  
cierto asesino ignorado,  
que en *Ronda* vivió envidiado,  
protegido por la suerte.

Un hijo tuvo infeliz,  
á quien el mundo infamó,  
y por los montes vivió,  
sin cometer un deslíz.

Y el cielo no le maldijo,  
mentira fué de los hombres,  
que equivocaron dos nombres  
*Jaime* el padre y *Jaime* el hijo.

J. M. DE ANDUEZA.